

Souvenirs

«12 pilas petaca de 4,5 voltios, 25 ídem tubulares, 25 lámparas medio opal, un comprobador obsequio», y se remachaba lo del comprobador; «gratis», y todavía en la columna de los totales: «sin cargo».

-Qué difícil es todo. No aprenderemos nunca.

-Aprenderemos.

El hombre leía en- el papel largo y amarillo que estaba sobre un cajón, contaba varias veces las piezas, luego ponía una cruz. Pronunciaba con dificultad. Al principio, para cada partida, solía ensayar la traducción a su idioma, pero comprendió que aquel esfuerzo no llevaría a ningún fin. Que tendrían que decir pilas, petaca, lám-pa-ras.

-Y pilas de transistor

De estas, más. Aseguró el viajante que por cada una de las otras se venden diez pilas de transistor, también valen para los sordos, mueven juguetes, entran en muchos objetos de regalo. Es injusto, la gente sospecha que un viajante va sólo a lo suyo. Y aquél, ancho, claro, jovial, había sido honrado, si no no enseñaría las fotografías de su señora, niños, dijo no pongan ustedes tanto de eso, incluso no pongan ustedes nada, es una maula. «Perdón, señor, ¿una qué?» Les había enseñado algunas pequeñeces; porque los oficios todos se hacen de trucos y pequeñeces: antes de despachar una pila hay que verificarla delante del cliente, sin romper el precinto, por supuesto, el precinto es la garantía de que puede devolverse al almacén, luego el almacén devuelve al fabricante.

-¿Recuerdas, María?, esto es el comprobador.

-Sí, Esteban, el...

Ella tuvo que levantar la voz. Se llevó las manos a los oídos mientras por las ondulaciones de la puerta metálica pasaba de arriba abajo un bastón, un palo, no se podía saber. Ratatrá. Ratatrá. De vez en cuando se oían pisadas en la noche. Empezaban, se iban acercando, y era una angustia preguntarse si anunciaban aquel absurdo pasatiempo erizante, el hombre había llegado a calcular que uno de cada cuatro viandantes. Ratatrá. La mujer recordó el refugio de la Plaza Vieja cuando ella adivinaba la frecuencia de las explosiones, «ahora toca sin falta». No, no estaba pensando en nada, dime, te escucho.

-El comprobador.

Un poco de desencanto, sólo un par de pequeñas patas de latón que se abren del todo con su bombillita en el centro, y como venía de regalo le habían puesto en las patas una frase de propaganda, pero al fin resultó alegre aplicar los piececillos a un lado y otro de una pila tomada al azar y ciertamente: -¡Mira!- saltaba la luz. Aunque fuera de esperar, el suceso dio al hombre y a la mujer un triunfo, la confirmación de que habían comprado cosas que de verdad valían, de que todo aquello era más que un juego. Ella su infancia con nieve, Alex, Josip, Milocha: vosotros venís a comprar, yo peso las cosas en la balanza y os las envuelvo en el periódico, luego me pagáis con piedrecitas pequeñas y limpias, cada piedrecita es un dinar. Y ahora no había balanza, nada que pesar o medir en toda la tienda, por qué la realidad se queda siempre pequeña, menos que un juego.

Todo el cargamento- Comercial Terrestre y Marítima, 11 bultos, porte debido- había ganado prestigio con el buen augurio luminoso, incluso lo que aún estaba por desembalar, El hombre siguió inclinándose sobre las cajas, casi dentro de ellas, tanteando con las manos entre la viruta. A veces los paquetes o envoltorios interiores se defendían apretados y había que arrancarlos con decisión, pero siempre estaban al cuidado las otras manos, femeninas y tiernas como si recogieran criaturas sensibles. Qué sorprendente cada nueva partida (porque ya no recordaban el pedido, en realidad el pedido lo había hecho el propio viajante, ancho, claro, sonriente), y ahora venían

grandes bolsos de plástico para cada signo del zodiaco. Buscaron el Géminis y el Capricornio, todas las predicciones anunciaban venturas, claro, los bolsos eran para la venta. Luego salieron otros que en vez de horóscopo traían cada uno grandes letras moviéndose en una brisa pensada: Mallorca, Cadaqués, Marbella.

-Fíjate -habló ella-, son nombres con sol, alegres.

-Lo alegre es ser libre -murmuró el hombre. Hablaban los dos en su idioma propio salvo cuando descifraban como deslumbrados los rótulos de los objetos y los renglones de la factura larga. Y si callaban, sentían afuera, a través de la puerta de chapa, lo frío y duro y hostil de las palabras que no se entienden, frases sueltas, desflecadas, rotas -y a lo mejor eran tan simples como amor, o pan, o llueve, o esta noche se lo digo sin falta.

Mallorca, Sitges, empezaron a repetirse los lugares, se derramaban, inundaban el damero reciente y pulido del pavimento.

-Ya no hay sitio en el suelo.

-Debemos montar las estanterías.

Qué curioso, lo simple de abrir una tienda (de abrir una vida), no hay más que armarla como un meccano. Contra la pared estaban los atados que el camión había traído. Bastaba con un martillo, unos alicates, nada. Abajo, el rodapié. Por el rodapié había subido un poco el presupuesto pero valía la pena, cómo correr el riesgo de una cucaracha visible aunque inofensiva, un establecimiento público, en esto tenía razón la casa de Bilbao. Todo casaba con exactitud, las baldas a la altura deseada, separadores de vidrio, los portaprecios de aluminio, las cantoneras de remate, y como final el copete que se iluminaba y en efecto se iluminó, otra vez la puntualidad de la luz disipando cualquier sombra de engaño.

Conque se pararon a contemplar la obra. Ya la pieza larga y estrecha había cambiado con soladores, cristaleros y pintores hasta

ponerse agradable. Es lo propio del país, una capa de cal y reverbera el día, sólo flores modestas y parece lujoso. Todavía más cuando estuvieron los carteles, anuncios, reclamos que en la sangre de los novicios ponían una impaciencia temerosa. Pero en medio de todo, por encima de todo, el pequeño marco con cristal y dentro su cartulina, Licencia de apertura a favor del señor don. Una vez que se han cumplido los preceptos reglamentarios, Excelentísimo Ayuntamiento, pólizas, hay un sello en tinta que dice. Lo habían contemplado mucho. Lo miraban otra vez, bonito hasta en la orla, ellos sabían mucho de esperar un papel, esperar, esperar, y la intolerable prisa del corazón cuando un dios cruel detrás de su mesa levantaba la mano y en ella la estampilla de caucho, la va a estampar y se retrasa un segundo, un siglo, al fin, pero vosotros con dignidad, despacio, que no se os advierta, carné, ración, permiso, salvoconducto, visado, papel, papel, papel.

-Fíjate, todo en regla.

-Tenías razón. Más seguro con el cristal.

Estaban cerrados, como se trabaja en el teatro antes de que llegue el momento de telón arriba. Porque mañana era el día. A las nueve, abrirían a las nueve en punto de la mañana.

-¿Tú oyes? Niños que juegan. ¿Cómo pueden ser niños, a estas horas de la noche?

-Sabías que éste es otro mundo.

-Niños... -repitió la mujer y acariciaba la palabra.

El hombre (lejano, como de película de Polanski) pasó una mano interminable por el rostro amigo, pero ella iba a seguir hablando y él sacó de repente una urgencia imparable, temblorosa y enérgica al mismo tiempo:

-Tenemos que colocarlo todo.

Ya que tenían los estantes volvieron con animación a desventrar los bultos grandes, corbatas, espadas de Toledo con pedrería, cremas para la piel, papel de cartas, cada partida era una cruz junto a un renglón y así se iba haciendo más fácil el problema, aprendían que en las dudas vale más apartar lo difícil provisionalmente, como se deja una columna del crucigrama y a la próxima pasada tenemos regalada la clave. Gitanas con guitarras, gitanas con clavel, gitanas con castañuelas. Y de repente un cambio, ahora todo lo que salí era de Myrurgia. Myrurgia. Myrurgia

-Algún día compraremos cada artículo a su fabricante- decidió el hombre.

La mujer concentraba su ilusión creciente en los envases que algo dejaban sentir el aroma de dentro, tan agradables, además, a la vista y al tacto. Era una fiesta el jabón de la Maja Grande, y aquel estuche tentador de las tres pastillas. Indagó en una cajita de cartón suave, con cuidado, volveré a dejarlo como venía, pero el encuentro con el frescor purísimo del cristal la turbó de alguna manera y el frasco huyó de las manos hasta deshacerse contra el suelo.

-¡Oh, lo siento!

El hombre se había vuelto en la pequeña escalera de mano. - Olvídalo. Quién sabe si traerá buena suerte.

Fue rápida y práctica. Antes de apañar los trozos de vidrio empapó en el líquido derramado algunas prendas suyas, pañuelos de su compañero. Este vino junto a la factura que como un guion litúrgico seguía sobre el cajón-pupitre. Era colonia Joya 1/8 lt. Ella quería saber. "Qué más da," "Por curiosidad". Había que deducir el descuento. Lo calcularon él y ella dos o tres veces, porque nunca en la vida habían hecho números así. El quebranto no era gran cosa, los dos sonrieron de su tacañería. Antes -¡antes...!- no hubieran ni pensado. Ahora calculaban con rigor. De que las cuentas saliesen dependía su permanencia allí, casi su vida. Primero, el local. Luego la instalación, la compra inicial, los impuestos, Si vendieran tanto, ganarían cuanto.

Hacían los cálculos elementales y simplistas, como todo el que llega a estas cosas del comercio sin ser comerciante, por esto no habían barruntado que un frasco de colonia pudiera romperse.

La mujer puso un tiento exagerado en la tarea de desembalar, casi un temblor.

Dieron en salir cabezas de apariencia sólida, cabezas memorables pero frágiles. Chopin, Wagner, Mozart, Beethoven, cada uno en su pedestal, tan firmes en su reputación y ahora una inquietud, un riesgo que la mujer iba salvando desde la caja directamente al estante mientras el hombre punteaba 1 Chopin, 1 Wagner, 1 Mozart, 2 Beethoven, las estadísticas (según el viajante) aseguraban que Beethoven se vende el doble que sus compañeros de colección.

Y pareció que los embaladores del almacén hubieran trabajado racionalmente, porque después de las cabezas vino la música misma, un cenicero con melodía, un cañón con transistor.

-Los cañones son simpáticos, yo no los veo amenazadores.

-Todo lo excesivo es insignificante- respondió el hombre como si recitara lo dicho ya por otro-. Peor es una pistola.

-O esto- palideció la voz de la mujer. Sus manos se crisparon sobre una metralleta, aunque de lejos se sentís su condición de juguete de goma. El hombre se la quitó y dijo algo sobre el olvido.

Panoplias, trabucos.

y de pronto, termómetros, termómetros-guitarra, termómetros-llave de portón, termómetros-vieja diligencia, todos a nivel distinto como puñado de relojes marchando en una relojería. Pero aun el que menos marcaba, marcaba mucho. La mujer, como si hubiera necesitado aquella evidencia aligeró su ropa, zig-zagueaba por entre los enseres buscando un instante los contactos frescos del metal, del vidrio, de la pared recién blanqueada. Pasó cerca del hombre y éste la alcanzó con su mano nervuda, la atrajo hacia sí y la retuvo. Se puso a

girar el expositor de las postales. Primero un abrazo rápido, luego se soltaron, luego se juntaron otra vez con menos fuerza y más sabiduría. Sabían que la crista podía encenderse *ahora mismo*, pero *también que podrían seguir* enlazados sin otra consecuencia que la ternura creciente, fruto de madurez. (Se detuvo el expositor de las postales.) «Sigamos»,

Fue una invasión de burritos de peluche, botas para el vino con vivas y desplantes grabados sobre el cuero indócil, panderetas, panderetillas, abanicos surtidos, y detrás como en una orquesta el bando del metal con los cenacheros plateados, los gallos, para qué tantos gallos de estaño y cobre, los quijotes sueltos y los quijotes con su sancho. Salieron cuadros, óleos andaluces y entre ellos, como un fallo genético, un caserío vasco. Lo colocaron y se hicieron atrás para mirar.

-Demasiado realista, el humo de la chimenea.

Ya eran pocas lagunas. Y de pronto, visitado por la inspiración, el hombre corrió a cruzar lo que más se le había resistido toda la noche: “P. Benemérita extra tamaño 3”. Los dos guardias verdes, cuadrados, bigotudos, fueron izados a un puesto honorable, junto a una virgen que lloraba tras reja de purpurina con faroles.

Los últimos en entregarse se llamaban ponchos. Ponchos de leacril. En cada prenda dominaba un color. Las colocaron a capricho y la mujer dijo con voz excitada:

-Fíjate, hacen nuestra bandera.

El hombre la acalló con una seña ruda:

-Nosotros no tenemos bandera.

Se colaba el rumor del mar, quizá porque las paredes son delgadas, todo es delgado aquí, al fin más hermoso que no haya muros, ni hierros, ni cemento. Sería bueno pasear ahora junto a la orilla, pero sus cuerpos agotados empujaban hacia la trastienda, todo

su hogar. “Sólo por ahora, te lo prometo”. “Sí, claro, cuando podamos... “Con su pequeña cocina de gas (dos fuegos, pero sin horno), el tablero que hace de mesa, el servicio con ducha, poco más. Y la cama única, no muy ancha, junto al aire cálido y enrejado del patio.

Fueron al frigorífico y bebieron largamente. Se tendieron sin pudor sobre la colcha, pero pronto entraron a buscar ese hueco de intimidad que sólo dan las sábanas, aunque sea al precio de más calor. El hombre se abrazó a la mujer, pero no lo hacía como hombre sino a la manera egoísta y ávida del niño. Ella sabía atenderle. Estuvieron mucho rato, o sólo un minuto, indecisos en el borde del sueño. Entonces vinieron pasos sobre el pavimento enlosado de la calle, sonaban lejanos, furtivos, como de tímidas alpargatas, pero la madrugada agranda los ruidos en sus pozos de soledad y ya eran botas de suelas herradas, cadencia de patrulla, ¡No!, es el hombre en sobresalto de brazos alzados, la mujer recoge aquellos brazos y los devuelve a la secreta seguridad del lecho. Ella misma los trajo a que le rodearan la cintura. Los pasos más cerca, todavía más, hasta que sonó el ratatrán de la chapa ondulada. El reclamo de la trapa con su pintura reciente. Luego, quien fuera se alejó sin mayor ofensa.

-No vienen, Esteban. No somos más que los dueños de una tienda, una tienda de recuerdos.

ANTONIO PEREIRA